



# LA ESTÉTICA DE LO DOMÉSTICO EN ELENA BLASCO

TEXTO **Fátima Otero**. Crítica de Arte

La artista madrileña Elena Blasco (Madrid, 1950) ha montado uno de sus característicos escenarios en la compostelana Galería Trinta con un apetecible título: *Merengues. Son de cremita*. Pues de merengue y hojaldre semejan las dulces tortas dispersas por la sala o el ribete que enmarca una de sus instalaciones fotográficas. Por ejemplo, la que bajo el título *toldo* nos enseña un reconocido paisaje floral solo que manipulado y pintado como si de una labor telar se tratase. Es una especie de trozo de tela cosida y extraída de un hogar que se estampa a otra toma totalmente naturalista.

El resultado choca, porque acaba convertido en pura abstracción pictórica, Y el efecto final chirría y desde luego no nos deja indiferentes. Porque

lo suyo es enfrentarse al hecho artístico de manera totalmente desenfadada y lúdica. Desde esa manera un tanto juguetona pega puntillas, pompones o almohadillas, tanto en las esquinas de un lienzo, como adheridos a una pieza de goma.

**TODO MENOS CAER** en cualquier tipo de aburrido enfoque académico del hecho pictórico. Elena salta del lienzo al espacio en un santiamén, como también cambia de material según éste se preste a la idea del momento. Desde luego le encandilan los maleables, dúctiles y ligeros como espumas, gomas, alambres o plásticos. Son los que puede doblar fácilmente para simular cabelleras, algo que le obsesiona singularmente por esa capacidad de movimiento natural que le sugiere una melena, y por hacer la delicia

de toda mujer en el sentido de enmarcar siempre una cabeza pensante.

Dentro de su peculiar estilo interpretativo del arte, la autora puede recurrir a carcacas y a la idea de cambio cuando incide en el formato redondo. Es en este momento cuando despliega una especie de bolas de poliéster huecas con diferentes salidas argumentales pero muy viscerales en el sentido de alusión a cuerpos con vida y energía.

Adopta el formato tondo, del que emanan escenas pintadas un tanto bucólicas pero en las que se

salen a la palestra ideas que surgen en su imaginación tan fértil y que son reflejo a la vez de sus eternas dudas, desacuerdos entre seres, incongruencia entre pensamientos y, en suma, la divisoria entre lo real y lo irreal. Muchos pensamientos campeando a sus anchas por unos acetatos a base de escenas superpuestas, que por proceder de cuadros diferentes, sumados uno tras otro, lejos de aclararnos las dudas, se convierten en todo un acertijo ya que unas imágenes opacan a otras.

Asoma en su variada obra un tema recurrente referido a las mitologías domésticas, y todo ello puede desarrollarse por el suelo, techo o pared. Una tumbona, macetas, telas, patucos, incluso tazas, son fiel reflejo de una situación social determinada. Porque Elena Blasco deja asomar su condición de mujer acudiendo a roles femeninos para plasmar realidades sociales y psicológicas que le afectan y a las que se enfrenta.

Así, asoman en sus piezas las dificultades de la existencia y las dudas sobre el hecho de ser mujer. Sobre este tema ha inventado toda una apuesta escenográfica encarnada en el mundo de una princesita, que después

de todo no es tan idílico como algún día soñó ya que hoy tiene los pies de barro. La autora presenta todos los objetos de su hábitat, que son móviles e inestables por estar hechos de goma; es decir, se mueven en terreno tan resbaladizo como la propia vida.

Elena teje historias con cortinajes; puede colgar telas y percheros a un paisaje previamente pintado, creando un nuevo escenario. Y de esta manera continúa pintando con un material que no es pincel sino tela, y al pintar sobre las propias telas consigue que comulguen en sus gamas con las del propio paisaje construido con ellas.

**UTILIZA EL COLOR COMO ARMA ARROJADIZA.**

Es así como puede pintar un escenario totalmente en un violento amarillo interrumpido por manchas rojas para delatar el mundo de los malos tratos. O esparcir por el suelo amables rosas a modo de alfombras. Sólo que se prestan a la ambigüedad y a la vez pueden ser caras o manchas de sangre. Y es que muchos elementos aparentemente bellos y frívolos como las flores, lo mismo que pueden ser explosión festiva pueden derivar en manifestación de dolor, de una conocida historia de opresión.

**MUCHAS DE SUS INSTALACIONES**

ofrecen derivas simbólicas, sirviéndose de colores saturados como el rojo intenso. Esas instalaciones acercan sus planteamientos a un cierto surrealismo, como cuando la vegetación o el paisaje se hacen mujer. Torsos a medio camino entre ciprés y mujer aluden a la caducidad de lo humano y lo vegetal porque en definitiva naturaleza humana y medio natural forman parte del mismo sistema vital. Ese juego

de camuflaje nos hace cuestionar el propio mirar sobre el paso del tiempo. Otras veces la imagen se hace objeto de consumo y comestible, acercándose a los planteamientos pop. Es el caso de esos apetitosos merengues que nos ofrece esta muestra, que recomendamos visitar.

[Su trabajo se expone también estos días en Arco, en la galería Luisa Adelantado, de Valencia]

